



SEGUNDA VISION

Cedar, el ángel de Daidha, testigo invisible de aquel prolongado suplicio, no estaba lejos de allí, y si mi voz es impotente para expresar su martirio, ¿qué frases podrían demostrar cuál era el tuyo, oh espíritu de amor? Saliendo de su arrobamiento al oír aquellos gritos, lleno de estupor, aturdido, habíase quedado sin voz, sin palabra, como el hombre que pasa por la tierra y cuya alma se remonta á los espacios.

Lo había oído todo antes que Daidha; todo había tenido resonancia de un corazón á otro; cada gota de horror de los miembros de la doncella había traspirado de sus miembros y brotado de su alma; había visto á la joven sorprendida durante su sueño, oído la siniestra conferencia de los cazadores, sabido el infame provecho que estos se proponían sacar de su virginidad, y visto cómo se repartían, cual salteadores de caminos á la misma en quien no osaban fijar sus lascivas miradas. Abrigaba la esperanza de que durante la repugnante disputa, acudirían los hermanos de la doncella á terminar tan inicua lucha, á salvar á su hermana de aquellos brazos falaces, derribando á sus plantas al infame raptor, pero cuando vió que aparecían entre las sombras los siete cazadores, acercándose presurosos al oír la señal de este, y que Daidha, su amor, se retorcia sin esperanza de socorro entre

los nudos de acero, cayendo por fin al suelo envuelta en la pesada red y mezclando su sangre con el rocío nocturno, el ángel, semejante á la madre, á cuyo hijuelo ha arrebatado de la cuna un voraz leoncillo, y que, introduciendo afanosa los brazos entre los dientes que trituran el fruto de sus entrañas, disputa miembro á miembro á la fiera la desgarrada presa, el ángel digo, vencido casi por su amor, no fué dueño de reprimir un arranque de compasion, y olvidándose enteramente de sí mismo por la virgen objeto de sus amores, se precipitó al punto de su elevado puesto: la celosa desesperacion que se habia enseñoreado de él, aniquiló todo esfuerzo de su voluntad. Un deseo omnipotente habia metamorfoseado su sér, convirtiéndole en aquello mismo que tanto le hacia temblar, y revestido de forma, esencia y sentidos terrenales, acababa de degradarse, pasando de una naturaleza á otra.

En el temible momento en que así se trasfiguraba, oyó resonar en su alma este grito, semejante á la voz del roedor remordimiento: «Los decretos del cielo no dejan de cumplirse. ¡Cae, degrádate para siempre, criatura eclipsada! ¡Desaparezca tu esplendor hasta de tu mismo pensamiento! Saborea hasta la sangre la dicha de los humanos, ya que con tus propias manos destruyes tu gloria: tu vida no abrigará jamás esperanza en el fondo de tu corazón; no te emanciparás por la muerte como los hombres; pues en lugar de una sufrirás cien muertes; Dios te hará vivir de nuevo y la tierra te devolverá tu cuerpo hasta que hayas rescatado gota á gota esa inmortalidad que has sacrificado por una mujer!»

Pero todo resultaba vago y remoto en su memoria, así el decreto formidable, que no dejó de oír, como el recuerdo de su destino perdido. Nada conservaba ya de su primitiva gloria, nada del cielo, ni de sí mismo, y si tan sólo un melancólico asombro, cierto instinto, cierto presentimiento del presente, del pasado, de elevados destinos, semejantes ha esas imágenes innatas merced á las cuales conoce el hombre á la

primera ojeada cuando tropieza con un objeto imprevisto lo que hasta entónces jamás habia visto.

Pues bien, al trasfigurar su invisible imágen, el ángel habia adquirido instintivamente la forma y el rostro del ser ideal fijo siempre en la mente de Daidha, cuando, su amor angelical la visitaba en sueños durante el tierno éxtasis en que el sueño la sumia: era el hombre de siempre pero con facciones humanas, el hombre tal cual Dios le amasó con sus manos; alma visible, arrobador fenómeno en que el espíritu, trasparente al través de la humana cubierta, elevando la materia hasta su sublime esfera, imprime en ella la inteligencia, la rodea de belleza, y al calor de su propia simpatía, penetra cuanto ama del amor que él mismo siente. No parecia sino que la vida hubiera equiparado sus dias con los de la amorosa doncella; sólo que en las facciones de su jóven y hermoso rostro se echaba de ver algo superior á la edad que representaba; así como que su florida y precoz belleza se iba acercando ya á su madurez; su mirada suave se impregnaba en una pupila de más azulado color; su gracioso labio presentaba más varoniles pliegues; los bucles dorados de su espesa cabellera ondulaban en rizos más cortos sobre un cuello más nervioso; su estatura era casi la mitad más elevada que la de la encantadora y débil doncella; y sus torneados miembros, pero en cuyos robustos músculos iba mezclada la fuerza con la esbeltez, parecian sueltos, ligeros, de porte majestuoso y libre, posándose en el musgo perfectamente equilibrados á la manera de una deidad salida del cincel de un escultor, sobre cuyo pié gravita todo el peso de su cuerpo.

El ángel se habia trasfigurado de tal suerte en la oscuridad, detrás de un cedro corpulento y sombrío, habiéndose quedado absorto por espacio de bastante tiempo, sin poder darse cuenta de sí mismo ni de lo que pasaba. Su caída habia roto el hilo de sus ideas, esparcidas borradas en su alma nueva; pero el impulso que le habia precipitado del cielo trastornaba todavía su corazón material. Sin saber de dónde procedia aquel instinto involuntario, el amor concebido en el cielo le

seguía á la tierra, así como el hombre herido de muerte por un rayo conserva en sus facciones, áun despues de sepultado, la indeleble huella del postrer sentimiento que dominaba en su alma en el momento de morir.

Al ver aquella jóven de belleza inefable arrastrando su seno desnudo por el suelo ensangrentado, y á aquellos hombres, entregados á estúpida hilaridad, que se bajaban ya para apoderarse de su presa, salió bruscamente de la sombra en que estaba oculto, sin más defensa que su corazon ni otras armas que sus manos, cayendo como el huracan entre Daidha y sus verdugos: sin detenerse á más, y sirviéndose de su cabeza como de un formidable ariete, arremetió de un salto al gigante más próximo, dándole un tremendo golpe con ella en la boca del estómago; al choque de su frente, la cavidad sonora de los magullados pulmones del bandido gimió como el tronco hueco de un tejo ó de un sicomoro. El gigante quiso respirar, mas ya no le fué posible; tambaleose con toda su enorme masa, se inclinó, perdió el equilibrio, y cayó desplomado de espaldas, buscando en vano la luz con convulsivos ojos.

Atónitos de sorpresa y de horror los otros cinco, retrocedieron algunos pasos, y en el terror que se apoderó de ellos, creyeron ver un ejército en aquel solo hombre. Para proteger su vida, levantaron sus mazas; mas, recobrados de su estupor y seguros del triunfo, volvieron hácia él, ganaron de un impulso el terreno perdido, y cayendo todos á la vez sobre su único adversario, le encerraron en un círculo furibundo y amenazador. Su jóven contendiente los contempló sin que se le demudara el rostro, antes al contrario, cogiendo por los piés uno de los cadáveres que yacian en tierra, se puso á hacerle girar sobre su cabeza cual si fuese una espada, y cada vez que descargaba un golpe con aquella maza humana, ibase reduciendo el número de sus enemigos.

El estruendo de tan horrible combate resonaba en las profundidades de la selva, la cabeza del gigante esgrimida á modo de pesada maza trituraba los cráneos haciendo volar sus huesos en pedazos y sembrando el suelo de jirones de

de cerebros. Cuatro enemigos han mordido ya el polvo; pero el brazo del jóven se va quedando exhausto de fuerza, y la pesada arma, asestada contra el quinto, engaña la mano que la maneja, errando el blanco. El único enemigo que sobrevivia á sus golpes, pero tambien el más formidable de todos, era Djezyd. Adivinando con rápida inteligencia el estado de la lucha, prometíase ya cumplida venganza, y el logro de su presa, y aprovechando un momento en que el vencedor resbalaba en la sangre, precipitose de un vigoroso salto sobre el mismo sujetándole á brazo partido, le ahoga con su cuerpo, le tambalea con su masa y le arranca con los dientes largas tiras de carne como las arranca el tigre del hueso que no quiere soltar. Uno y otro se doblegan bajo su mútuo peso y así como dos troncos vecinos desarraigados por el viento, entrelazan y confunden sus ramas, así tambien cogidos los dos rivales uno en otro, permanecen como suspendidos en el aire, ó bien apoyando frente con frente en el ardor de la lucha, se sostienen mutuamente impidiendo que uno de ambos ruede por el suelo.

Sus músculos y sus huesos resonaban con siniestros crujidos; el sudor inundaba á chorros sus miembros, y el resuello de sus jadeantes pulmones salia ruidoso como el estruendo del huracan en los robles.

Por último, Djezyd, más pesado y más fuerte que su jóven enemigo, consiguió levantarlo un tanto del suelo, y no bien conoció que sus piés carecian de sólido apoyo, se precipitó con él á tierra abrumándolo con su peso; incrustados uno á otro caen como una sola masa, y al choque de sus cuerpos retiembla y gime la tierra. El hijo del cielo, sofocado por la enorme masa de Djezyd, estira sus miembros, poniéndoles tan rígidos como un cable; más, conociendo que no puede desprenderse de él, hácese firme en el suelo con los hombros le enlaza estrechamente con los nudos de su cólera, imprime á su cuerpo un movimiento circular, y arrastra consigo el cuerpo de su adversario: la cuesta que forma el terreno secunda sus esfuerzos, y ambos van rodando confundidos hasta

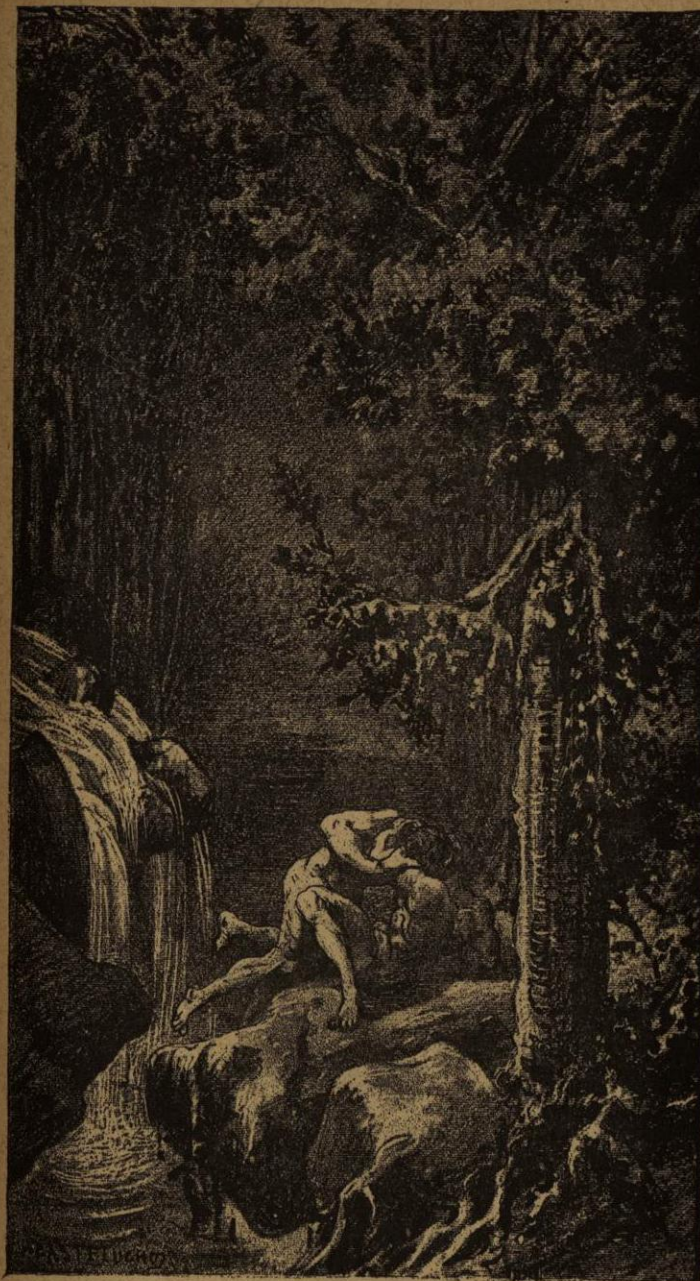
el verde precipicio, cuyo borde se inclina resbaladizo hácia el lecho del torrente, de suerte que caen á la vez abrazados en las espumosas ondas: abrazo mortal, en que, envidiándose mutuamente la hora del postrer suspiro, cada uno quiere morir con tal que el otro muera.

¿Quién podrá comprender el horror de este combate singular, á la sombra de la muerte bajo el sudario del agua, en que la rabia inextinguible de los dos combatientes impedía á su rival ganar la orilla, y para anticipar el momento supremo, cada cual se sofocaba bajo el húmedo elemento? El abismo tan solo conoció aquella horrible alternativa que las hirvientes ondas ocultaron en su seno.

Por fin, despues de desesperados esfuerzos sólo de Dios conocidos, el jóven logró ponerse encima por un momento; asomó la cabeza al nivel de la corriente, y comprimiendo el cuerpo del gigante con su robusta rodilla en el seno del agua, y abriéndole con ambas manos las mandibulas, hizo que penetrase en sus anchas fáuces la caudalosa corriente, y al poco rato, oscureció el brillante cristal de las aguas un cadáver flotante que subió del fondo á la superficie. Sus inanimadas facciones respiraban todavía rabia y terror, que ahuyentaron la luz del astro de las noches, horrorizado al contemplarlas.

El vencedor apresuróse á salir del torrente, chorreando agua, lleno de cieno y destrozado, y obedeciendo al mismo instinto cuyo fulgor le guió, acudió presuroso á donde yacia Daidha, sin cuidarse de restañar la sangre de sus heridas. A fin de romper la red que la aprisionaba inclinóse sobre la jóven, testigo y premio de la mortífera lucha, que habia seguido con los ojos y secundado con el corazon los esfuerzos desesperados de su libertador. Aquel sér del cual creia conservar memoria brillaba ahora ante sus ojos no tanto por su belleza como por su victoria, y aun cuando ignoraba el designio que le guiaba, se asia á sus brazos, se adheria á su seno, como si su tierna confianza hubiera tenido instintivamente conciencia de su amor celestial.

Cuando el jóven hubo levantado los largos pliegues de la



Ambos van rodando hasta el verde precipicio

red, y deshecho los anillos de las férreas mallas temeroso de estropear con los nudos que deshacian sus miembros delicados ó las sedosas trenzas de sus cabellos, arrojóse Daidha á sus piés pretendiendo enjugarlos con su frente, y en el momento en que iba á balbucear entre besos su grito de libertad, oyó su nombre repetido por mil voces.

—¡Daidha! ¡Daidha! ¡Ella es! ¡Aquí está, aquí está!

El albor matutino coloraba las trasparente nubes, y por todos los sendores que bajaban de las montañas, acudían corriendo sus hermanos, sus compañeras, que la buscaban tendiéndole los brazos. Su madre las guiaba yendo delante de todos: no bien la divisó Daidha, cuando volando á su encuentro estampó cien y cien besos en las mejillas maternas. ¡Oh! ¡Quién será capaz de reproducir el arrebatado salvaje alegría con que la madre estrechó á su hija contra su seno! ¡Quién podrá expresar los estremecimientos de aquellos brazos que la enlazaban, aquellos arranques de amor y sus ímpetus de tigre al ver la sangre coagulada en sus lacerados miembros? La feroz tribu hizose eco de sus gritos, y precipitándose sobre el celestial desconocido, creyendo que era su verdugo, iba ya á inmolarlo á su furor, cuando Daidha se interpuso entre la muchedumbre y él y asiendo de la mano á su salvador, designó con la vista y con el ademán á la multitud temblorosa los seis cuerpos de los gigantes que yacían sobre la ensangrentada yerba.

Los recién llegados se pusieron á medir á pasos aquellos descomunales cadáveres; levantaban los ojos al cielo, hacían comentarios unos con otros como si se resistieran á creer que un solo mortal hubiera podido conseguir aquella victoria, y se agrupaban en torno del dichoso jóven que les hizo la triunfante narración del mortífero episodio. Este relato maravilloso circula de boca en boca; todos se agolpan en derredor del extranjero, todos desean tocarle, le llevan en triunfo á través del bosque, como un hermano más, hasta los antros secretos en que la tribu nómoda ha buscado un asilo para eximirse de la servidumbre y del trabajo de las

grandes ciudades, mientras los ancianos, se reúnen al pie del árbol del consejo, antes de asomar el sol, para hablar y deliberar

En aquellas épocas primitivas, hijo mío, los hijos de Cain, que vivían diseminados por los bosques como los irracionales, formando familias errabundas, carecían de toda noción del poder ó de las leyes. A la sazón reducíanse estas á esos instintos sublimes que nuestros más íntimos sentimientos hacen vibrar en nosotros; sonidos vagos y confusos que emitía al azar el alma humana instrumento sin arte ni reglas, antes que, resonando la sabiduría en nuestros oídos, hubiera modulado sus maravillas para entonar un cántico divino. El poder no era otra cosa sino la paternidad, santa autoridad del tiempo y de la vida, cuyo evidente predominio lo otorgaba la edad, y á la cual era costumbre prestar obediencia. Cuando la familia humana creció formando muchas ramificaciones, al consejo del padre sucedió el de los ancianos, árbitros seculares del destino de las tribus, que reinaban sin ceñir corona y gobernaban sin pomposos títulos: en ellos se respetaba el tiempo que hablaba por su boca, pero únicamente estaban obligados á hacer justicia á los individuos de su tribu; la ignorancia entregaba todo lo demás al capricho, de los ancianos y cuanto no procedía de la misma sangre que sus antepasados, era profano á sus ojos é indigno del nombre de hombre. Eternos enemigos de las razas extranjeras, su brutal equidad quedaba circunscrita á sus hermanos; semejantes en su insania á los pueblos actuales, creyendo que el cielo y la tierra habían sido hechos para ellos solamente, despojando de sus derechos á naciones enteras, y persuadidos de que el amor de Dios tiene límites, cuando sorprendían á alguna familia extraña reducían á la esclavitud á la madre, inmolaban al padre, y los hijos, proscritos aún antes de nacer, crecían en la tribu para gemir bajo el yugo de la servidumbre de su amo.

Mas el huracán de las pasiones hacia estallar á veces el fuego de las facciones, sin que valiera entonces la autoridad de

los jefes; la cólera excitaba celosas tempestades so pretexto de la elección de los ganados ó de las esposas ó del reparto del botín, y dividiéndose la familia en partidos inhumanos, el poder indeciso pasaba de mano en mano hasta que la feliz tiranía de algún jefe lograba sobreponerse á todas, sujetando su raza á su genio.

Así vivía errante en las cumbres del Sannyr, la salvaje tribu que componía la familia de Phayr.

Phayr contaba casi la edad de los robles sin que en toda su larga vida hubiese visto las maravillas humanas que los hijos de Adam y su posteridad habían sembrado por el seno del viejo mundo. No sé qué instinto hereditario les impulsaba á llevar una vida errante y vagabunda, ya fuese porque aún resonara en sus oídos el grito vengador de la sangre de Abel derramada por su mano, ó porque una inclinación feroz, alimentada por la costumbre, les impulsara á andar por montes y lugares solitarios, en la creencia de que el hombre, al construirse una morada, edificaba la cárcel de su independencia.

Phayr había tenido numerosa descendencia que creció á su sombra y amparo; pero la mayoría de sus vástagos, arrancados de aquellos lugares ó segados por la muerte, había dejado de formar parte de su tribu proscrita: unos perecieron en las terribles luchas que trababan en los bosques con los reyes de los animales, siendo víctimas de las garras de los tigres ó de las uñas de los leones; otros habían huido durante sus rebeliones; y muchos, acosados por los cazadores hasta en sus últimas guaridas, fueron reducidos á la cautividad por los hijos de las ciudades, en las que, uncidos como bueyes arrastraban grandes pesos, ó con un freno en la boca, llevaban á cuestras á sus amos desempeñando los degradantes trabajos de los brutos más ínfimos, mientras que sus hijos servían para satisfacer los repugnantes vicios de sus señores.

Siete hijos de diferente edad y los hijos de estos, y sus mujeres que llevaban en el seno sus tiernos frutos, y diez hermosas doncellas, hijas de estas, eran los únicos descendientes que al anciano le quedaban de su innumerable familia, y su

esperanza sufría una dolorosa decepción cada vez que contaba su raza, contemplando sus diezmadas filas.

Su razón vacilaba bajo el peso de los años; su predominio ya no era sino imagen de lo que un tiempo fuera; y sus hijos, disputándose este efímero poder, se eximían de su nominal autoridad; verdad era que la rodeaban de respeto aparente, mas lo que hacía que aún se le prestase alguna obediencia, no era en rigor el grato recuerdo de lo pasado, ni el derecho sacerdotal de maldecir ó bendecir, sino más bien el de dirigir el destino de las familias y el de designar doncellas á los hijos de la tribu, porque el bien más caro y más disputado por aquellos hijos del desierto, era la belleza.

Phayr veía cómo se iba abriendo aquella flor que se desarrollaba para adquirir nuevos atractivos. Hacia poco tiempo que había dado sepultura al último de sus hijos, que era el más apuesto; llamábase Segor, y apenas llevaba un año de himeneo tan feliz que hasta las palomas envidiaban sus amores, cuando la flecha de Ischar cortó el hilo de su existencia. Segor era el consuelo de la ancianidad de Phayr quien, desde aquel momento fatal, no dejó de verter amargo llanto: poco después, y siguiendo la costumbre primitiva, tomó el triste viejo por esposa á Selma, la viuda de su hijo, como se recogen las hojas del árbol de oro cuando la tempestad ha derribado el tronco. Selma, que vivía castamente en compañía del anciano, dió á luz el fruto de sus amores con su difunto esposo, fruto venido al mundo demasiado tarde para tender sus bracitos y sonreír á su padre. Esa hija del amor y de la muerte, esa criatura que al nacer sólo vió en torno suyo ojos preñados de lágrimas, era Daidha, flor de las noches, cuyos encantos multiplicaba el llanto que regaba su frente y que á la sazón tenía trece años. Cada uno de los siete jefes esperaba que Phayr concediera á su respectivo hijo la mano de Daidha en premio de su obediencia, y cada uno de estos hijos, cuando soñaba con alguna mujer, veía impresos en su alma los azules ojos de Daidha.

Acercóse Daidha al árbol del consejo, encendido su rostro de virginal rubor, asida de una mano de su madre y llevado de la otra al extranjero como si fuese un hermano. El desolado viejo la recibió en sus brazos, y estrechó contra su corazón sus delicados miembros mientras Daidha, inclinada sobre su frente, inundaba de lágrimas las canas de su abuelo. Phayr levantó por fin la vista y dirigiéndose al extranjero le dijo:

—¡Oh tú que supiste salvarla y vengarla; cualquiera que sea el nombre oculto con que se designe tu raza, y ya te llevara una mujer en su seno como á una criatura terrestre, ó bien que apareciéndote en forma humana en estas regiones, sea tu alma el rayo y el hierro tu cuerpo, acércate y lee el agradecimiento en nuestros rostros. No temas levantar la cabeza en nuestra presencia; la sangre siete veces derramada de nuestros viles enemigos ha establecido en este día vengador un lazo de unión entre tu raza y la nuestra: ¡que esta sangre con la que has regado la yerba descienda siete veces sobre tu cabeza, convertida en rocío! Para otorgarte la recompensa debida á tu valor, dime, ¿qué esperas de nuestros brazos, de nuestros corazones? Pero ante todo dínos si procedes de las nubes ó de una raza humana desconocida de nosotros, ó si alguna adúltera te amamantó en los bosques, lejos de un esposo engañado. ¡Cualquiera que haya sido su falta, bendita sea! Tu nacimiento es la absolución de su ignominia. Habla pues; ¡dínos cuál es tu naturaleza y tu nombre, y que nuestra alma escuche un sonido de la tuya!

Callóse; el joven, atento, silencioso, prestando oído á la cadencia de los acentos del anciano, parecía escuchar con marcada fijeza cada vibración de los sonidos que percibía, como si la palabra fuese una maravilla cada uno de cuyos sonos repercutiera en su oído; luego, pretendiendo emitir á su vez un acento modulado, sólo profirió un sonido vago, inarticulado, parecido al balbuceo de un niño que al romper á hablar, procura imitar á su madre. En vano fué que los jefes le interrogaran uno tras otro; daba á entender que los compren-

dia con la vista, con la cara, con las manos, pero sus palabras no eran más que murmullos. En todos los rostros se veía impreso el asombro, y desde el anciano hasta Daidha todos le contemplaban llenos de mudo estupor. El hijo segundo de Phayr dijo:

—Hermanos: ese hombre es tan misterioso como lo ocurridó la pasada noche; convendrá pues precaver el peligro ántes que sea ya tarde; acordémonos de las leyes, y demos muerte al extranjero.

Así dijo Jedyr: y sus palabras hicieron que á todos los rostros asomara el rubor de la vengüenza como la sangre de un crimen.

—¡Matarle! exclamaron unánimes; y Daidha estrechó con más fuerza su mano, humedeciéndola con su llanto.

—¡Matarle! ¡matarle! replicó cada madre.

—Pero, ¿qué quereis hacer de él? repuso Jedyr; ¿sabeis acaso quién es ese desconocido?—¿Podriais despedir sin probable peligro para nosotros á un huésped oriundo de una raza enemiga, que conoce estos lugares, y que vendido quizás á los eternos enemigos de los hijos de Phayr, ha fingido salvarnos para hacernos traicion más á mansalva? Por otra parte, si conservais en libertad á nuestro lado á ese hombre que mata con lá vista y derriba con el corazon, á ese hombre cuyos brazos estarán siempre levantados sobre vosotros, ¿no guardareis un tirano? ¿Habremos de prestar obediencia al hijo de las extranjeras? ¿Deberemos darle las hijas de nuestros padres para que un gérmen impuro, admitido en nuestras venas, introduzca en la sangre de nuestros hijos la sangre de los extraños, engendrando en nuestros propios senos razas de leones, rivales eternas, que luchen constantemente entre sí? ¡No! derramemos al punto, apartando la vista, la sangre que mancillaria el alma de nuestros abuelos!

Namphi, Salem y Jorab asintieron con la mirada á lo dicho por Jedyr; más al punto prorrumpieron las mujeres en clamores, y Said, aconsejado en secreto por Selma, previendo la tempestad, la calmó con estas palabras:

—¡Mengua y baldon para el que hable de muerte! Una gota de sangre vertida por nuestra causa, esa sangre del extranjero que nuestra tierra ha bebido ya, debe hacer sagrada la demás á los ojos de la tribu: Dios pediria estrecha cuenta de ella á nuestros hijos: su sino seria el crimen y sus nombres vengüenza! Pero ¿debemos entregar impunemente la salvacion de Phayr á su denuedo? Dejándolo en libertad seria peligroso para nosotros, y matándolo cometeríamos un crimen. Viva pues; más por temor de que su mano nos oprima, ó de que siga nuestros pasos para vendernos mejor, ó de que ose mezclar algun dia su sangre con la nuestra, que viva, pero esclavo entre los esclavos!

—¡Sí! ¡Que viva! ¡que viva! ¡Traed las ligaduras! grita aplaudiendo todo el pueblo á la vez. Llevará los fardos, la tienda; combatirá por nosotros; los ganados de su afortunado dueño pastarán sin temor á los leones, y será en Sannyr, de padres á hijos, el onagro y el camello de los descendientes de Phayr.

Los siete jefes se levantaron de su asiento al oír el clamor unánime de la multitud, que se precipita á su encuentro y los rodea afanosa. Al punto traen y les presentan el denigrante instrumento, que á la sazón servia de tormento y de vestido á los esclavos; la crueldad del hombre, fecunda en suplicios, los habia inventado desde la infancia del mundo, sólo que, desconociendo entónces las artes de hoy, el instrumento de la abyecta servidumbre era tan bárbaro y rudimentario como él. La raza salvaje todavía de los pastores del Libano ignoraba de todo punto el uso de los metales fundidos y los amos no habian inventado el hierro, ese enemigo de toda libertad; así era que se aherrojaba á los esclavos con ligaduras de ramaje, y aquellas rústicas trabas se reducian á bejucos trenzados con un ancho orificio en medio para meter el cuello, y que servian asimismo para uncir los bueyes al yugo. Cuando se habia introducido la cabeza por aquella argolla vegetal, se apretaba el bejuco haciendo en él un nudo permanente que la oprimia con tanta fuerza como se sujeta

hoy con el ignominioso collar de hierro al hombre criminal. Para impedir que las manos del esclavo pudiesen ensanchar la abertura, se le ataban los codos á la cintura con otro bejuco, de suerte que sólo le quedaban libres, además de los antebrazos, las piernas, con lo cual se le podía obligar á desempeñar los oficios más viles, sin temor á su fuerza ni á su rabia, y se le forzaba ¡oh vergüenza! á arrastrarse por el suelo para coger con los dientes los alimentos más viles que el hombre saciado arroja á los animales!

Cuando Jedyr y Znaim, preparándose á atarle, le pusieron las manos en el cuello para obligarle á doblarlo, al aspecto de un esclavo, triste emblema de su destino, comprendió de una ojeada lo que se quería hacer con él, y rechazando violentamente á los dos jefes, los derribó, sujetándolos con las rodillas contra el suelo. La muchedumbre se hizo rápidamente atrás al presenciar aquel rasgo de vigor del jóven atleta y llena de terror formó en torno suyo un ancho y silencioso círculo; hasta la doncella, huyendo asustada, corrió á guarecerse en los brazos de Selma; más Cedar (que tal era el nombre que la multitud habia aplicado al extranero, por ser el del sitio en que alcanzó su brillante victoria), al verla oír y llorar, comprendió á la primera ojeada sus demostraciones de terror: recogió él mismo del suelo las ataduras que habia pisoteado en su cólera, las llevó sumiso á los piés de Daidha, y tomándola una mano, se la puso sobre su cuello humillado ante ella. Semejante al fiero leon cuya sangrienta mirada se impregna de ternura al contemplar al niño á quien acaricia, dejó sin estremecerse que agarrotaran su cuerpo, privándose voluntariamente de la fuerza y de la libertad, y siguió, humilde y apacible, á la hermosa jóven que le condujo atado á presencia del jefe de la familia. Allí acurrucado sobre la yerba y descansando la frente en ambas manos, la doncella y el anciano le ataron á un tronco, y disputando á los animales más viles su pasto, alimentóse de las bellotas que le arrojaban.



TERCERA VISION

Los jefes reunidos dijeron al dia siguiente:

—Los cazadores han querido explorar los senderos de estos montes, y al ver que no vuelven á bajar sus siete hijos al sitio en que los aguardan, tal vez suban hasta aquí en mayor número y más fuertes. El sitio en que han pastado nuestros camellos, las ramas que nuestras manos han despojado de sus frutos les servirán de guía para encontrar los lugares que los dioses nos conceden para vivir: huyamos pues, tan léjos, tan léjos, que no puedan seguirnos. El sol, que desciende de mes en mes en los cielos, no caldea ya lo suficiente la atmósfera elevada de los bosques; bajemos con él á orillas del Orontes, y ocultos en su lecho aguardemos á que vuelva á remontarse.

Y los pastores, entonando el cántico de marcha reunian los rebaños diseminados por los prados: la cabra que vagaba errante al borde de los precipicios, el onagro pacienzudo, las fecundas terneras, la oveja cuya lana sirve de blando lecho, el perro que vela por el hombre y guía los ganados, el elefante casi humano, las quejumbrosas camellas en cuyas mamas encuentran nutritivo alimento los niños y las aves domésticas, cuyo canto anuncia al hombre hambriento el fruto que acaban de poner: todos estos animales, atraídos por su instinto sociable y amigo del ser humano, seguian á la tribu